

que temer, y todo lo espera de Dios, á quien habrá obedecido constantemente con obsequiosa reverencia.

Las asperezas de la lucha no impiden que el obediente goce de una inefable alegría. David afirmaba, que el Señor previene con bendiciones de dulzura al que se le consagra con perfecta obediencia (1). El Apóstol asegura, que las tribulaciones, no solo no destruyen la paz en el corazón resignado á la divina voluntad, sinó que la hacen todavía superabundante (2). Superabundante la experimentaron las Teresas, que por los extremos de gozo se desvanecían; los Franciscos de Asis, que con la plenitud de júbilo gozábanse en las mismas penas; los Franciscos Saverios, que hubieran querido padecer aún más para embriagarse mejor de las celestiales delicias; y los Bernardos, que en vista de los consuelos que experimentaban obedeciendo á Dios, les parecían enojosos y amargos todos los placeres, todos los deleites y todas las diversiones de este mundo. No se diga, pues, que la obediencia á Dios sea de carácter tan brusco que rechace al que se le acerca, ó de aspecto tan tétrico que espante á los que lo miran; confiese más bien que la vida obediente es un vivir muy dulce, muy alegre y suavísimo.

Pero, téngase muy presente, que esas glorias y esas dulzuras están reservadas á las almas piadosas, que han subyugado la voluntad propia para entregarse enteramente á Dios. Aquel que, despues de haberse sometido al Señor, diere oídos á las sugerencias del mundo, abriere el corazón á las seducciones de la carne, ó á los estímulos de la culpa, es un rebelde que se deshonorra, un pérfido que se cubre de ignominia, y un vil que se convierte en miserable esclavo de los enemigos ya domados en otro tiempo. Por otra parte, la abnegacion de la voluntad es más rara de lo que se piensa. El amor propio, que sabe encontrar excusas para evitar lo que no le favorece, es ingenioso para satisfacer sus deseos, cubriéndose con el manto de la obediencia; pero sépase, que esta pretendida obediencia es falsa, y solo sirve para hacernos más abominables á los ojos del Señor. Temamos, hermanos míos, una tal desgracia; y para alejarla de nosotros, meditemos con frecuencia los ejemplos de María. Ella fué obediente de veras, y nosotros, escuchando su voz y siguiendo sus huellas, libres de los castigos que esperan á los culpables, recibiremos en la pátria de los escogidos el premio reservado á los verdaderos obedientes.

(1) PSALM. XX, 4.

(2) II COR. VII, 4.

DISCURSO VIII.

PACIENCIA.

In patientia vestra possidebitis animas vestras.

Mediante vuestra paciencia salvareis vuestras almas. (Luc. XXI. 19.)

Si pudiese reunir en este momento cuanto se lee en los sagrados Libros, juntamente con lo que han escrito los Padres de la Iglesia, acerca de la virtud de la paciencia, tal vez resultaría un cuadro que llamaría poderosamente vuestra atencion. Por lo que mira á las Sagradas Escrituras, leo: que la tristeza de los pacientes se trocará en júbilo (1); que la paciencia sirve á la prueba; que la prueba produce la esperanza; que la esperanza abre camino á la gloria (2); y que la paciencia es el testimonio de los siervos fieles, el medio para sobrellevar en paz los males de la vida presente, y el título para conquistar la tierra de los escogidos en la eterna beatitud (3). Por lo que se refiere á los Padres, todos afirman, que la paciencia es como un escudo inexpugnable, y una sólida fortaleza capaz de rechazar todos los asaltos del enemigo; que es como un bálsamo que suaviza los males, y una mano amiga que hace la cruz ménos pesada, y que dá al hombre la seguridad de ser admitido en los gozos celestiales. Al oír estas expresiones, uno se siente impulsado á amar una virtud que es su preciosísima causa.

Empero, como si yo así procediese, necesitaría de mucho tiempo, y el discurso traspasaría los límites ordinarios; voy á ofreceros el ejemplo de María, cuya paciencia fué entera, constante, perfecta, heroica, singular; y al proponerla á vuestra consideracion, espero que no ten-

(1) JOAN. XVI, 20

(2) ROM. V, 4.

(3) HEBR. X, 36.

dreis necesidad de nada más para comprender la suma utilidad de imitarla. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

La tierra, nadie lo ignora, es un valle de lágrimas. Entre los varios males que en ella se padecen, hay algunos que podrían tal vez llamarse aparentes; pero también hay muchos que son reales. Cuando por reveses de adversa fortuna se pierden los intereses, cuando por la implacabilidad de la muerte nos encontramos sin deudos y amigos, ó cuando las calumnias de nuestros enemigos nos sumergen en un abismo de congojas, no puede uno ménos de acongojarse. En tales casos, el único remedio es la paciencia, la cual modera la natural tristeza del hombre en medio de las penas á que está sujeto, inclinándole á sobrellevar con resignacion las adversidades que le visitan.

No se crea que sea cosa muy difícil vivir de paciencia; porque áun cuando la filosofía es impotente para consolarnos en los males de la vida, no lo es la religion, la cual nos presenta las humanas adversidades como otros tantos rasgos de la amorosa providencia divina, que con ellas nos procura el mayor de los bienes. Ruego á los que lean esta historia, dice el sagrado autor de los libros de los Macabeos, que no se escandalizen á vista de tan desgraciados sucesos; sinó que consideren que estas cosas acaecieron, no para exterminar, sinó para corregir á nuestro pueblo (1); y quien considere que con las angustias de la pobreza, con las tribulaciones, las enfermedades, y la falta de fuerzas, Dios le purifica para salvarle, motivos poderosísimos tendrá para mostrarse paciente. Conoce que quitándole la facultad de asistir á los juegos, de vivir encenegado en culpables amores, y en los placeres mundanos, quiere Dios alejarle de un camino que le lleva directamente al precipicio. Comprende que si Dios hubiese querido castigarle segun merecian sus pecados, hubiera podido, siendo señor de la vida y de la muerte, cortar de repente el hilo de sus perversos días, en el mismo instante de levantar contra El orgullosa la frente. No ignora que, abandonado á las antiguas prosperidades, entregado por completo á los intereses materiales, y olvidado del mayor de los negocios, cual es la salvacion del alma, se hubiera perdido irremisiblemente. De ahí infiere, que en vez de endurecer el corazon bajo los azotes del Cielo, alimentándose de furores, le es incomparablemente más provechoso someterse con santa

(1) II MACH. VI, 12.

resignacion á las tribulaciones que el Señor le envía para que se arrepienta; ó sea: infiere que para él lo mejor es la paciencia.

Esta conclusion la hicieron igualmente los escogidos, que, segun el Apóstol, estuvieron á la sombra de la nube de la ley. No pensaron de otra suerte el fiel Abrahán, el obediente Isaac, el piadoso Jacob, el casto José y el religioso Tobías. Por más que tuviesen que emprender desastrosos viajes, ó sufrir burlas de los familiares, acerbos calumnias, el odio implacable de los enemigos, la pérdida de bienes, la infidelidad de los amigos, destierros, persecuciones y cárceles, consideraron que lo mejor era armarse de paciencia. Empezando por Abel, muerto á mano airada por su envidioso hermano, y prosiguiendo hasta el Bautista, precursor de los días de la redencion, todos se armaron de paciencia, á pesar de verse agobiados de dolencias y de amarguras. No es que dejasen de padecer, ó que su humanidad no sintiese la intensidad de los padecimientos: sería quitar mucho mérito á sus males considerarles insensibles, puesto que no sirve de mérito alguno soportar aquellas molestias que no causan dolor ni turbacion. Sufrían, sí, sufrían terriblemente; pero porque vivían resignados á la voluntad de Dios, sus dolores eran ménos amargos y ménos desgarradoras sus angustias. Persuadidos de que los azotes que descargaban sobre ellos, eran el castigo de alguna falta, ó para la mayor perfeccion de algunas de las virtudes (1), sufrían el yugo, que dobla la cerviz del hombre, desde que nace, hasta que muere (2). De esta suerte agradaron á Dios con la paciencia; y complaciendo á Dios, fueron considerados dignos de eterna gloria (3).

Si la paciencia se creyó útil y oportuna en casos apurados, cuando Dios atraía al pueblo á la observancia de sus mandamientos con promesas de temporal abundancia y de bienestar terreno, ¿cuánto más oportuna, cuánto más útil no debe considerarse despues que Jesucristo, venido al mundo para darnos lecciones de vida eterna, no nos prometió más que padecimientos? Leed el Evangelio, hermanos míos, leed todas sus páginas, todas sus líneas, y cuando hayais meditado bien las palabras de Jesucristo, no os cabrá ninguna duda de la verdad que os predico. ¿Ha llamado alguna vez Jesucristo bienaventurados á los dichosos del siglo? ¿Ha encomiado en alguna parte á aquellos que viven rodeados de la abundancia y condecorados con honores? Nó: ántes bien ha dicho: Bienaventurados los pobres; ha

(2) JUDITH. VIII, 27.

(3) ECCL. XL, 1.

(4) JUDITH. VIII, 23.

llamado felices á los afligidos, y encomiado á los que viven agobiados de cruces. ¿Y por qué? El motivo no es otro sinó porque la prosperidad de los nécios es un camino que, sembrado de flores, lisonjero y envidiado, conduce á los abismos de las tinieblas sempiternas (1); al paso que la tribulacion es un camino cubierto de espinas, árido y embrollado, que conduce á las sempiternas delicias del Paraíso. ¿Quién se atreverá á negar, que la paciencia nos inspira pensamientos, no solo capaces de aminorar, sinó de endulzar el repugnante cáliz de cualquiera amarga tristeza? ¿Quién dudará de que la paciencia sea útil y oportuna?

Además de ser útil y oportuna, la paciencia es gloriosa, engrandeciendo y ennobleciendo el hombre delante de Dios. San Eustaquio, jefe del ejército del Emperador Trajano, que había mostrado mucha grandeza de ánimo en las fatigas de la milicia, la mostró mayor cuando, perdidos sus siervos por la muerte, su esposa é hijos, sufrió sus desventuras con constancia inalterable. Magnánimos sentimientos manifestó Santa Isabel, reina de Hungría, atendiendo al bienestar de su pueblo; pero, fueron todavía mayores cuando, destronada por crueles parientes, fugitiva con sus amados hijitos, y abandonada por aquellos mismos á quienes protegiera en otro tiempo, más bien que prorumpir en palabras de resentimiento, dió gracias á Dios por haberla juzgado digna de padecer por amor suyo. Suele admirarse el valor del piloto, que dirige la nave azotada de proa á popa por fuertes golpes de mar, y sin inmutarse, arriando las velas, y gobernando el palo mayor, mira con firmeza hácia el puerto; suele alabarse la intrepidez del soldado, que á la primera señal del combate se arroja sobre las filas enemigas, no teme la muerte, ni le asusta el brillo de relucientes espadas; es celebrado el hombre animoso, que, en presencia de las voraces llamas que destruyen un edificio, atraviesa por entre las ardientes ruinas para salvar á los ancianos y á los niños. Ahora bien; aquel que, en la tempestad de las tribulaciones que le agobian, conserva la serenidad de espíritu, es semejante al intrépido marino que permanece firme azotado por las rugientes olas; es semejante al valeroso guerrero en medio de los horrores de la guerra; aquel que visitado por todo género de tribulaciones no pierde en la lucha interior, que le acosa por todas partes, la tranquilidad de ánimo, es semejante al hombre esforzado, que no teme el incendio cuando se trata de la salvacion de los demás; aquel que

(1) Prov. I, 32.

maltratado cruelmente por continuas tribulaciones, en el incendio que le consume la sangre con multiplicados afanes, no se inquieta, ni impaciente, sinó que vive resignado. Y aún es más digno de alabanza, porque siendo en el hombre natural la repugnancia al sufrimiento, el saber refrenar la ira en medio de las contrariedades y dirigir las miradas al piadoso Cielo, en ademán de sumision, es signo evidentísimo de ánimo resuelto que se vence á sí mismo y tiene á raya las pasiones.

Tratando, empero, de las glorias de la paciencia, no debo por el vano prurito de erudicion y de elevadas doctrinas descuidar el más bello de los argumentos. Aunque hayan celebrado de mil maneras esta virtud los Padres griegos y latinos, los filósofos cristianos, y los varones eminentes por su santidad, algo queda que produce más impresion en nuestros corazones. Ya comprendéis, hermanos míos, que me refiero á los ejemplos de la Santísima Virgen. No cabe duda que María, la Reina de los Angeles, la Soberana del Universo, la Madre de Dios, aquella que es aclamada bienaventurada por todas las generaciones, aquella que en el Cielo está coronada con la más resplandeciente diadema y se sienta en un trono al mismo lado del Altísimo, habiendo amado la paciencia y hecho de ella su mayor presea, debe esta virtud ser muy gloriosa, puesto que tan grata fué á la Reina de la gloria. Pasando, pues, en silencio cuanto pudiera además aducir facilmente de los libros de los Padres, de los escritos de los filósofos y de los anales de los Santos, y que haría interminable el discurso de hoy, os llamo solamente á considerar la paciencia de la que es nuestra Madre y Maestra.

Pero en su exposicion ¿qué orden seguiré? ¿qué términos emplearé, y quién me prestará pinceles y colores para describir en reducido cuadro la sublimidad del asunto? ¿Quién me facilitará... ¡Ah! nadie crea que exagero al confesar, que en cualquier otro asunto me sería ménos difícil dar principio á la oracion que el concluirla; pero, que en la ocasion presente, me cuesta tanto el dar principio á ella como el concluirla. Y en verdad; si María, como rosa entre espinas, vivió siempre en medio de tribulaciones continuas, de suerte, que todos sus días fueron un ejercicio continuo de paciencia, no sabría en que momento de su vida representarla. La contemplo cuando quedó huérfana de sus padres, Joaquin y Ana; y luego al dar á luz un hijo en humilde choza, sin disponer siquiera de una cuna de juncos como la de Moisés. La considero cuando por temor de Herodes huye hácia extraños países, y poco despues la veo ocupada en penosos trabajos

y quehaceres domésticos como otra mujer cualquiera que no tiene nadie á sus órdenes. La contemplo en las ocasiones en que Jesús, para glorificar á su Padre, cuyos intereses debían anteponerse á todo, le habla más bien en tono de señor que de hijo; y se me ofrece al pié de la cruz en que espira su Hijo en medio de dos ladrones, humedecidos sus lábios con hiel y vinagre, y hecho el blanco de los escarnios y de los ultrajes de una vil muchedumbre. En suma, mientras que quisiera invitaros á admirar su presencia en este, ó en aquel dolor, que durante su peregrinacion por este destierro tuvo que sufrir, por ver en cual brilló más esta virtud, no sé que hacer ni que decir.

Y mi perplejidad sube de punto al observar, que la paciencia de María fué constante, extraordinaria, singularísima. Demostró una paciencia constante, que en actitud de acerbo dolor no desmintió nunca en todos los momentos más apurados, en todos los trances más dolorosos, en todas las desventuras más amargas, en todos los martirios más refinados, y en todas las deplorables escenas que pasaron por delante de sus ojos, despedazando su corazón; pudiendo afirmarse con toda verdad, que se multiplicó en ella la resignacion á medida de sus amarguras. Demostró una paciencia extraordinaria, cuando las embravecidas olas del dolor, arremolinándose unas contra otras, le asestaron repetidamente en el corazón la espada que le anunció el anciano Simeon, dejándola desolada, sin consuelo ni refrigerio alguno, á causa de la opresion y de la violencia. Fué singularísima su paciencia, que no admite comparacion con las madres más tiernas, ni los martirios más dolorosos, porque las demás madres, á pesar de su ternura, dieron cabida en su alma á más de un afecto, al paso que María alimentó uno solo; y los demás martirios, á pesar de su intensidad, se cebaron en el cuerpo, al paso que María fué lacerada acerbamente en el alma. Por consiguiente, ¿qué lengua podría expresar, ni qué entendimiento imaginar una paciencia tan constante, tan extraordinaria, tan singular? ¿Qué ingenio presumiría describir con palabras, una paciencia que traspasó todos los límites y toda medida? Sin duda es este uno de los argumentos, ante el cual la elocuencia más sublime queda confusa; sin duda es esta una maravilla, á la cual no podemos prestar otro tributo que el estupor y el silencio.

¡Tanta, pues, es la incomparable sublimidad de la paciencia de la Santísima Virgen! Al contemplarla, poseído de profundísima admiracion, casi pierdo de vista las demás virtudes, que tambien veo res-

plandecer en Ella, y que son igualmente estupendas y señaladas. No hablo ya de su fé, por la cual, conociendo que Dios quiso hacerla canal de las divinas gracias, dócil á la mano del Artífice, le deja obrar en Ella segun le plazca. No considero ya la bondad, con la cual, hija predilecta del Príncipe, no se desdeña de interesarse por los esposos de Caná, de inferior condicion. Paso por alto la abnegacion con que traspasara, humillándose, todos los límites de la medianía, verdadero retrato de aquella humildad que su Unigénito Hijo debía enseñar más bien con los ejemplos que con las palabras. Tampoco admiro aquí la liberalidad, la cortesía, la compostura, el inmaculado pudor, la blanca azucena de la pureza, ni otras innumerables virtudes que tanto admiramos en su vida. No niego, ni es posible negar, que son bellas, y que serian suficientes para hacer elocuente la lengua del último de los oradores; pero, viendo que María humilla resignada su frente, cuando se trata de presenciar la muerte de su Hijo, no puedo ménos de concluir, que fué extraordinariamente admirable en el ejercicio de la paciencia.

A fin de animaros á amar la paciencia, imitando á María en esta virtud, consideremos, finalmente, las espirituales ventajas que de ello resultan. Reduciéndolas á tres, digo: que la paciencia templada la amargura de las aflicciones, nos perdona en esta vida la pena correspondiente á nuestros pecados, y nos alcanza la gloria eterna.

Suaviza la amargura de las aflicciones. Todo otro bálsamo con que se procura suavizarlas, las más de las veces, resulta ineficáz. Hay tribulaciones, para las cuales la humana ciencia no acierta el verdadero remedio; hay angustias, en medio de las cuales nos abandonan desapiadadamente los deudos y los amigos; pero la paciencia nos infunde valor para sobrellevar con resignada calma los afanes; y hasta los mismos paganos decían, que la paciencia es el remedio más eficaz para todos los males de la vida presente. Y si esto es verdad, cuando se trata de una paciencia considerada á la débil luz de la filosofía natural; ¿cuánto más no lo será, tratándose de la paciencia cristiana, que, iluminada por los esplendores de la fé, saca el vigor de la eficacia de la gracia? Y ciertamente que no podrá ménos de ser un dulce consuelo para los que padecen el saber, que los santos más favorecidos por Dios, anduvieron por la áspera senda de las tribulaciones; no podrá ménos de infundir mayor aliento en su ánimo la reflexión, de que Jesucristo, cabeza y modelo adorable de todos los justos, llevó una vida pobre y eligió para sí toda suerte de suplicios.

Nos perdona las penas correspondientes á nuestros pecados, pues,

desde el momento que somos pecadores, y, por lo mismo, dignos de castigo con las penas de acá en la tierra, nos ofrece los medios para evitar las penas que deberíamos padecer en la otra vida. Es este un rasgo amoroso de la divina misericordia. En efecto; no pudiendo la culpa quedar impune, es necesario que se expie con las desdichas de la vida presente, ó con los suplicios de la futura, por las aterradoras llamas temporales del Purgatorio, ó de las sempiternas del Infierno. Pues bien; es propio de la paciencia el conducirnos en medio de las tribulaciones á ajustar cuentas, ántes de que se abran las espantosas hogueras de los abismos, ya que aquel que se resigna con generoso aliento en las pérdidas de la salud, de los bienes temporales, de la familia y de la honra, aplaca la irritada justicia del Señor, y la inclina á perdonarnos por entero ó en parte la deuda con El contraída.

Finalmente; la paciencia nos asegura la gloria eterna. En verdad, Dios, que por sus justos consejos ha encerrado en oscuras sombras el misterio de nuestra predestinacion, y ha creído más útil mantenernos en un saludable temor hasta los últimos momentos, no deja de darnos algunas señales que arrojan raudales de luz en medio de las tinieblas de la noche. Una de éstas es, la resignacion en soportar los males presentes. El Señor, dice el apóstol San Pablo, predestinó para la gloria á los fieles que se hiciesen conformes á la imágen de Jesucristo (1); modelándolos con las facciones de este inimitable ejemplar, y tratándolos del mismo modo que trató á su propio Hijo, les ofrece prendas seguras de que serán contados entre los escogidos y de estar escritos en el libro de la Vida. Ahora bien; ya que Jesucristo está clavado en la cruz padeciendo inauditos dolores y martirios, para asegurarnos la gloria, debemos nosotros tambien recibir con paciencia las cruces y las aflicciones con que Dios se ha servido regalarnos.

Hermanos míos, reflexionemos detenidamente sobre estos frutos de la paciencia; y al observar que dulcifica la amargura de los afanes, que nos perdona la pena correspondiente á nuestros pecados, y nos asegura la gloria, tendremos esta virtud en mucha estima. Ofreciendo en sacrificio al Altísimo nuestros infortunios, desarmaremos su cólera; sobrellevando en paz todo cuanto nos acibara la existencia, ganaremos méritos para la inmortal beatitud; recibiendo con corazon sumiso todos los golpes de adversa fortuna, nos será ménos amargo el cáliz del dolor; y abrazándonos en la cruz con Jesucristo, á imi-

(1) ROM. VIII, 29.

tacion del buen Ladron, la cruz nos servirá de escala para subir al Paraíso. Entónces, léjos de quejarnos, pediremos al Señor con Jeremías, que nos corrija en su misericordia (1); entónces conoceremos que nada es tan útil en las tribulaciones como la paciencia, y nos persuadiremos de que esta virtud ha sido y será la madre de los Santos. Amemos, pues, la paciencia, tengámosla en más buen concepto; y siempre que nos pareciese demasiado duro el padecer y muy pesada nuestra cruz, acudamos á María. Ella, que tanto padeció en este mundo, es la Consoladora de los afligidos; con su patrocinio las enfermedades, las afrentas, las incomodidades, la pobreza y las amarguras, soportadas con paciencia, nos servirán de medio para alcanzar la eterna bienaventuranza.

(1) JER. X, 24.